

oidos cuando el papa estuviera libre y rodeado de sus cardenales, á los acomodados que se le sometieran sobre el establecimiento definitivo de la Santa Sede. Ni siquiera se indicaba la índole de estos acomodados.

Generalizada así esta declaración y atendidas las opiniones á la sazón reinantes sobre la institución canónica, nada tenía que no fuera muy admisible y muy decoroso, y nada encerraba que pudiera ser de compromiso. Después de acordarla el papa, se separó con sentimiento de aquellos prelados tan prudentes, tan indignamente calumniados cerca de él por una porción del clero, y les bendijo con efusión grande. De allí partieron el 20 de mayo.

Con todo, Pío VII estaba agitado interiormente, y la noche que siguió á su partida no pudo reconciliar el sueño. Tan susceptible como concienzudo, temiendo el juicio de la opinión pública punto menos que el de Dios, no teniendo á nadie cuyo dictamen le consolara, se dejaba arrastrar poco á poco, después de una noche de insomnio, hasta creer que había incurrido en una insigne flaqueza; que toda la cristiandad la calificaría de este modo; que le acusaría de haber abandonado los intereses de la fé por miedo á Napoleón ó por hastío de su cautiverio, y concibió este temor menos por las dos primeras proposiciones que por la postrera, aquella por la cual se comprometía eventualmente, cuando se hallara libre y rodeado de su consejo á examinar las proposiciones que se le pudiesen hacer respecto del establecimiento pontificio. Recelaba haber manifestado así un principio de adhesión á la supresión del poder temporal de

la Santa Sede y á la incorporación al imperio francés de los Estados romanos. Semejante visión le puso tan confuso y desesperado que hizo llamar sin demora al prefecto, preguntóle al verle llegar si los prelados habían salido ya de Savona, le suplicó, luego que supo que habían partido la noche antes, que despachara un correo para que les dijese que volvieran ó les significase, si no querían volver, que la declaración se debía considerar como no hecha; que era fruto de su debilidad, de su cansancio, de su salud quebrantada; que había caído en una especie de embriaguez de resultados de las instancias que se le habían dirigido, y que, cediendo, se había deshonrado, y añadía: —Véase lo que es privar á un pobre sacerdote, viejo, extenuado, con tan buena voluntad como insuficiencia; véase lo que es privarle de consejos que puedan ilustrarle. Así se le expone á cubrirse de ignominia.... Al decir estas cosas el pontífice infortunado, injusto consigo propio, se calumniaba de todas maneras para excusar su acto.

Dichosamente el día, la luz, la vista de los objetos reales influyen de buena manera sobre los espíritus agitados por la exaltación de las noches. El prefecto de Montenotte, que había adquirido cierto ascendiente sobre el pontífice de resultados de la calma, la afabilidad, la cordura de sus conversaciones, logró tranquilizarle algún tanto, y probarle que, después de todo, las dos primeras proposiciones eran conformes á lo que siempre había pensado y dicho, y que la tercera no era más que una promesa de examen, que ni siquiera indicaba solución alguna, y sobre todo ni aun mencionaba ningún sistema de ajuste. No obstante, para

sosegar á Pio VII respecto de este último punto, hizo el prefecto partir un correo con encargo de decir á los prelados que se debía borrar el párrafo relativo á la declaracion postrera, y borrar absolutamente; y que lo demas lo mantenía el papa, á tal de que no se considerase como un tratado, ni como un compromiso, sino solo como un preliminar que pudiera servir de base á las negociaciones. Conseguido esto, se tranquilizó Pio VII, y escribió al cardenal Fesch una carta en la cual, elogiando mucho á los tres prelados, y autorizando al concilio para creer lo que dijese, expresaba poco mas ó menos las disposiciones de que acabamos de dar cuenta.

Cuando estuvieron de vuelta en París los prelados enviados á Savona, mostró Napoleon bastante satisfecho de las resultas de su mision, pues aunque se distara mucho de estar de acuerdo con Pio VII sobre el establecimiento definitivo del papado, se había obtenido cuanto cabia desear relativamente á la institucion canónica, y en particular á la de los veinte y siete prelados electos, y no estaba amenazado de interrupcion el gobierno de la Iglesia. Todo temor de un cisma quedaba desvanecido del todo. Efectivamente, bajo el aspecto de la institucion canónica no podia menos el concilio de adoptar una solucion á que el mismo pontífice se acomodaba; y en cuanto al establecimiento pontificio el acuerdo naceria del tiempo, de la necesidad, de la omnipotencia de Napoleon y de la impotencia del infeliz Pio VII.

Casi todos los prelados habían ya llegado y ascendían á unos ciento, entre los cuales como treinta eran de Italia. Tanto los que faltaban de los

franceses como de los italianos, eran viejos achacosos, incapaces de viajar á largas distancias, ó bien algunos obispos romanos que habían negado el juramento á causa de la destruccion del gobierno pontificio. De todas maneras, la reunion de los prelados llegados era bastante para que el concilio tuviese el esplendor y la autoridad convenientes, pues, con muy raras excepciones, cuantos podían asistir habían asistido.

Las disposiciones de los prelados eran de índole adecuada á engañar á Napoleon y á engañarse á sí propios sobre las resultas del concilio. Aunque llenos en el fondo del alma de respetuosa compasion hácia los infortunios de Pio VII, desaprobadores por completo de la abolicion del poder temporal de la Santa Sede, impulsados al descontento por los círculos de los realistas devotos, entre los cuales tenían la costumbre de vivir la mayor parte de ellos, se hubieran guardado muy bien de manifestar sus sentimientos á las claras y, sobretudo, despues de la catástrofe de los cardenales negros. Hasta tal punto les espantaba la reputacion del duque de Rovigo que muchos de ellos hicieron testamento antes de abandonar sus diócesis y abrazaron á sus principales fieles, como si ya no los debieran ver nunca. Y en general los mas hostiles aparecian mas sumisos, pues aterrados como estaban creían á Napoleon tan sabedor de su secreto como á Dios mismo, y no le tenían por tan clemente. Acostumbrados los moderados á pensar algo menos mal de Napoleon, mostraban algo menos de sobresalto, hubieran querido aplacar el disturbio sobrevenido entre el emperador y el papa, hallar con este fin un término medio que contenta-

se á ambos y salir así de apuros, la Iglesia salva, el papa libre y Napoleon satisfecho. Sin embargo, si una chispa llegaba á inflamar los sentimientos ocultos en el fondo de los corazones, podia estallar una explosion terrible. Nadie lo sospechaba, y nadie en el gobierno de Napoleon era capaz de preverlo. Mr. Bigot de Preameneu, ministro honrado y apacible, no tenia idea alguna de las asambleas deliberantes, y aun el mismo Napoleon, habituado á adivinar todo lo que ignoraba, creia, juzgando por su Cuerpo legislativo, que dominaria á los obispos como á sus legisladores mudos y asalariados. No le daba mas cuidado su disputa con el papa que la que le diera con el gran duque de Baden, aunque le importunara esta *querella de sacerdotes*, como él la llamaba, querella que se hacia demasiado larga y tenaz para su gusto. Solo el duque de Rovigo, aun cuando jamás aprendiera por experiencia lo que podia llegar á ser una asamblea deliberante, muy avisado, habiéndose ganado diestramente la confianza de mas de un obispo, y sabiendo cuanto se atareaban los realistas de Paris por asediar a los miembros del concilio, concibió algunas aprensiones y dió á Napoleon cuenta de ellas. Este, contando siempre con Vincennes, con sus granaderos, con su fortuna, y embelesado ademas con el efecto producido por el nacimiento del rey de Roma, efecto que igualaba al brillo de sus mas insignes victorias, no habia hecho caso alguno de los temores que procuraban infundirle.

Al principio debió reunirse el concilio el dia del bautizo, mas no habiéndose congregado por la razon verdadera ó fingida de la imposibilidad para ancianos de asistir el mismo dia á dos grandes ce-

remomas, juntóse la semana siguiente, lunes 17 de junio, en el templo de Nuestra Señora. De resultas de las vivas instancias del cardenal Fesch, que aspiraba á la presidencia del concilio por razon de su silla (como arzobispo de Lyon que era) consintióse en una junta preparatoria celebrada en su casa en discernirle esta honra. Semejante resolucion fué adoptada por los obispos, no en consideracion á la calidad de primado de las Galias, que no reconocian, sino por empezar las operaciones del concilio con un acto de deferencia respecto del tio del emperador. Igualmente determinaron que se observara el ceremonial adoptado por el concilio de Embrun en 1727, y que se prestara á la Santa Sede el juramento, que despues del concilio de Trento se imponia á toda reunion provincial, nacional ó general de prelados.

Cardenales, arzobispos, obispos, en número de mas de ciento se dirigieron procesionalmente el 17 de junio por la mañana, desde el Arzobispado á Nuestra Señora, observando el ceremonial usado en los concilios. Aunque no conociendo Napoleon otra precaucion contra la libertad que el silencio, hubiera ordenado severamente la exclusion del público, y sobre todo de los periodistas, acudió á las puertas gran número de curiosos, unos para recoger cuanto pudiera llegar á sus oidos, otros para apacentar sus ojos en un espectáculo tan imponente.

Celebróse misa con mucha pompa, y seguidamente el abate de Boulogne, obispo de Troves, encargado de predicar el sermón de costumbre á la apertura de los concilios, habló á la larga y con muy adecuada elocuencia. En su plática sostuvo bastante al igual la balanza entre el pontifice y el

emperador, trató respetuosamente de las dos potestades, de la importancia de su concordia, no con la grandeza de Bossuet en 1682, pero con cierto brillo de lenguaje que cautivó al auditorio. Formalmente explicó su adhesión á las doctrinas de Bossuet, dijo asimismo que en caso de necesidad debía hallar una Iglesia en sí misma con que salvarse, doctrina que era la imperial encaminada á prescindir del papa, pero al propio tiempo hizo grande alarde de adhesión y de amor al pontífice cautivo. ¡Singular síntoma de los sentimientos que rebosaban en todos los corazones! Cuanto dijo de las doctrinas de 1682, de la necesidad en que podía encontrarse una iglesia de salvarse á sí misma, pasó como doctrina acomodada á las exigencias del momento, y cuanto expuso acerca del respeto al poder pontificio produjo por el contrario una sensación profunda. Así su discurso, aunque revisado y censurado por el cardenal Fesch, tuvo todas las apariencias de un manifiesto secretamente hostil al emperador.

Inmediatamente despues del sermón, el cardenal Fesch, con la mitra en la cabeza y subiendo á un trono erigido para este acto, prestó el juramento prescrito por Pio IV: *Reconozco á la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, por madre y señora de todas las demas iglesias; prometo y juro verdadera obediencia al pontífice romano, sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles y vicario de Jesucristo.*

A pesar de no ser estas palabras mas que una fórmula convenida, conmovieron hondamente á los circunstantes, pues jurar obediencia al pontífice encarcelado á algunos pasos del palacio del emperador

que le tenia en cautiverio, podia parecer extraña osadía. Tal sucede siempre en las asambleas: todo lo que toca indirectamente al sentimiento secreto que las anima, sobre todo cuando este sentimiento se halla comprimido, las hace estremecerse. Se retiraron todos conmovidos, asombrados de lo que se habia sentido, y todo hombre experimentado que viera aquella asamblea, no dejara de prever que iba á emanciparse de los que pretendian manejarla, del gobierno y de sí propia.

Informado Napoleón por algunos avisos, de cómo habian pasado las cosas, quiso conocer el discurso de Mr. de Boulogne así como el juramento prestado, lamentóse vivamente de no haberlos conocido; lo cual atestiguaba tanto en él como en sus ministros la falta de atención de gentes ajenas á la conducta de las asambleas deliberantes, reconvinó á todos por una incuria de que él era mas culpable que nadie, riñó particularmente al cardenal Fesch, á quien respetaba muy poco, y de quien no podia tomar en serio, ni la ciencia, ni la virtud, ni la gravedad, y solo oyó á Mr. Duvoisin, que le explicó el origen y el sentido de este juramento establecido en 1564, inmediatamente despues del concilio de Trento, para responder á los protestantes con una fórmula solemne de adhesión á la Iglesia romana. Logróse al fin calmarle, demostrándole que en vísperas de una resolución, que podia mermar algo la autoridad de la Santa Sede, era necesario que al blasonar de independiente la Iglesia de Francia, prestara tambien homenaje de fidelidad para no hacerse sospechosa y para no ser calumniada y para que su autoridad moral no padeciera menoscabo.

Por mas que Napoleon se apaciguara, desde este instante manifestóse algo menos confiado acerca de las resultas del concilio. Quiso que la direccion de la asamblea se fiara á manos seguras, y asi decretó que esta direccion correspondiese á una mesa compuesta del presidente, de tres prelados nombrados por el concilio y de los dos ministros de Cultos de Francia é Italia, Mrs. Bigot de Preameneu y Bovara. En este decreto confirmó la resolucion que habia discernido al cardenal Fesch la presidencia.

Ademas se habia preparado un mensaje redactado por Mr. Daunou en un lenguaje tan literario como impolítico, muy enmendado por Napoleon, pero no lo bastante para que fuera conveniente, mensaje en que exponia toda la historia del conflicto con Roma, muy á la larga y con dureza, y en que se presentaba la cuestion que se habia de resolver de una manera harto imperativa. Tanto el decreto que regulaba la direccion de la asamblea como el mensaje, fueron llevados al concilio el jueves 20 de junio. Los dos dias trascurridos entre el lunes y el jueves, se pasaron en entrevistas secretas, mucho mas activas por parte de los descontentos que de los adictos al poder. Siempre que la libertad asoma en cualquiera parte, halla al poder novicio, torpe, irritable por lo mismo que es torpe, y le turba tanto como le desagrada. Aqui se debia experimentar una prueba, y de irritarse inhábilmente contra lo que no se habia sabido evitar.

Tuvo, pues, el concilio una sesion general el dia 20. Los dos ministros, llevados á Nuestra Señora en carruages de la corte y escoltados por la

guardia imperial, llegaron alli con gran pompa y llevando en la mano el decreto relativo á la formacion de la mesa y el mensaje. Sentáronse al lado del presidente y ante todo leyeron el decreto, cada cual en su idioma. Esta autoridad, que recordaba la que los emperadores romanos ejercieron cerca de los primeros concilios, cuando el cristianismo no habia aun instituido su gobierno y tratado de igual á igual con los soberanos de la tierra, causó una sensacion muy viva, aunque solo se manifestó en los semblantes. Dejose que el moderno César confirmara el nombramiento de presidente y estableciera sus dos comisarios imperiales á derecha é izquierda de la silla presidencial, y luego todos empezaron á depositar en una urna los nombres de los tres prelados que debian completar la mesa. En una asamblea bien dirigida se dividieran los votos en dos porciones, una representando la opinion dominante, y otra la contraria, condicion indispensable para que toda reunion de hombres llegue al fin para que se ha formado. No estando bien dirigida, fué extremado el desparramamiento de votos. De cien individuos presentes, el candidato que mas votos obtuvo apenas llegó á treinta. Se dieron al arzobispo de Rávena, que llegó á juntar este número, porque se queria hacer á los italianos la cortesía de llamar á la mesa á uno de sus prelados. Despues de este, Mr. de Aviau, arzobispo de Burdeos, eclesiástico respetable aunque de cortas luces, y que nada hacia por ocultar la indignacion que le causaba el cautiverio del Padre Santo, obtuvo veinte y siete, Mr. de Barral, arzobispo de Tours, Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, bien conocidos ambos por su mérito, por su papel conciliar.

liador y su reciente mision á Savona, sacaron cada uno diez y nueve. Como no faltaba mas que un miembro para completar los tres nombramientos que habian de efectuarse, se echaron suertes entre Mrs. de Barral y Duvoisin, y á este último tocó ser individuo de la mesa. Despues de formada esta, leyóse el mensaje, y su redaccion dura, altanera, produjo la impresion mas penosa. Todos los agravios respecto de la Iglesia, se hallaban alli recordados con estremada amargura, lo cual no se armonizaba con la mision pacifica de Savona, que parecia haber sido determinada con el deseo de un ajuste amistoso, y de la cual afectaba el gobierno mostrarse satisfecho para disponer los ánimos favorablemente. Se separaron los prelados tristes y confusos.

Primer síntoma deplorable eran las elecciones del concilio. Efectivamente en la eleccion de personas revelan hasta las asambleas mas secretas sus verdaderas inclinaciones, porque asi tienen la ventaja de poner sus opiniones en claro sin exponerse al trabajo ó al peligro de explicarlas. Ahora bien, aqui en medio del desparramamiento de votos resultante de la falta de direccion, el único miembro que tuviera mayoría despues del arzobispo de Ravena, elegido por cortesía, fuera el arzobispo de Burdeos, notoriamente desaprobador de la política religiosa del gobierno.

Otro síntoma no menos triste se habia notado, debiéndose en gran parte á las tergiversaciones del cardenal Fesch, y era la situacion en que se colocó á los prelados electos y no instituidos. De veinte y siete que se hallaban en este caso, no se podia disputar la calidad episcopal á diez y ocho, aun-

que se les pudiera disputar su sede; eran los que promovidos de unas diócesis á otras no tenían título cuestionable mas que respecto de la diócesis nueva, aunque lo tenían incontestable relativamente á la antigua. Asi el cardenal Maury podria no ser aun arzobispo de París á los ojos del papa, mas era sin duda obispo de Montefiascone. Nueve eclesiásticos, de los veinte y siete promovidos por vez primera á la misma, no eran todavía obispos para la Iglesia, aunque lo fueran para el poder que los habia nombrado. Puesto que se les habia convocado, era poco decoroso negarles voto deliberativo, especialmente ofreciendo ejemplo los concilios antiguos de miembros deliberantes que no eran obispos. Habiendo querido el cardenal Maury introducir en una de las juntas preparatorias celebradas en casa del cardenal Fesch á un obispo no instituido, Mr. de Boulogne, autor del discurso de apertura, exclamó que ya era un escándalo la presencia de estos prelados en sus diócesis y que seria aun mayor y hasta intolerable en la asamblea donde se iba á decidir de su suerte. Este vehemente apóstrofe, sufrido en casa del presidente del concilio, en casa del tío del emperador, hubiera debido recibir en el mismo instante una respuesta, mas; por el contrario, todos se inclinaron con cierta especie de sumision ante las palabras de Mr. de Boulogne, lo mismo el cardenal Maury que el cardenal Fesch, y los *no instituidos*, segun se les llamaba, fueron excluidos sin oposicion de las juntas preparatorias. En el escrutinio para la votacion de la mesa concedióseles voto deliberativo, bien que especificando que seria por aquella vez sola y sin que sirviera de precedente. Nadie osa-

ba combatir la opinion que segregaba á los prelados *no instituidos*. Evidentemente se veia que si fuera del concilio se temblaba delante del soberano que dominaba al imperio, dentro del concilio se temblaba mas todavia si cabe, á otro soberano ya muy aparente, á la opinion pública que condenaba las violencias despóticas de Napoleón contra la Santa Sede, y condenaba estas violencias mucho mas que sus doctrinas teológicas, fuerza es decirlo, puesto que el mismo Mr. de Boulogne parecia dispuesto á admitir límites á la institucion canónica. Sin duda para excitar esta opinion se agitaban los realistas antiguos, ocultándose en la sombra; pero la opinion artificialmente formada se conoce pronto; es menester impulsarla para que estalle. Al revés la opinion espontánea, verdadera, natural, procura contenerse, estalla de improviso y á pesar suyo, como la pasion, con el sentimiento de haberse abandonado á sus arranques. Tal se veia aqui y tal se vió todavia mas á las claras á cada sesion de esta singular asamblea.

Despues de estas juntas preliminares, manifestóse cierta especie de ansiedad donde quiera. Los prelados parciales del gobierno, y no eran los mas numerosos, hubieran querido que se les diese mas apoyo y que no se abandonase á sus colegas no instituidos. Se lamentaban de no verse sustentados ni por el cardenal Fesch, ni por el ministro de Cultos, agenos uno y otro al arte de regir una asamblea, y doblándose alternativamente delante del emperador ó delante del concilio. Los prelados en mayor número que, sin ser precisamente parciales del gobierno, deseaban un acomodo entre el emperador y la Iglesia, por amor del bien, por te-

mor de una colision, mostrábanse desconsolados de resultas de la forma del mensaje. Se les habia asegurado y habian creido que los enviados á Savona volvieron ya acordes con el papa. ¿Era verdad? ¿Era mentira? No sabian á que atenerse, despues de oir mensaje tan acre, tan duro, y hasta se podia decir, tan brutal. ¿A qué venia por ejemplo aquella vehemente salida sobre la bula de excomunion? Se convenia en que esta bula constituia una falta, pues nadie aprobaba que se tratase de derrocar la autoridad establecida despues de una revolucion sangrienta, cuyo recuerdo no se habia borrado. Pero si el papa usara de la palabra ¿qué no pudiera decir asimismo de su palacio forzado, de su sacra persona arrebatada por gendarmes y encarcelada como la de un reo de Estado? ¿A qué ademas las recriminaciones, si habia proposito de entenderse y reconciliarse?.... ¿Habia probabilidad de conseguirlo?.... ¿Se esperaba aun?.... ¿Por qué no se explicaban sobre esto?.... ¿por qué no se hacia saber si habia ó no acuerdo con la Santa Sede?

Esto repetian los prelados moderados, que formaban la mayoria, y deseaban un término pacifico á todos los disturbios. Entre ellos con especialidad los de Italia parecian estupefactos. De su pais habian partido con la idea de que donde quiera se admiraba á Napoleón y se le temia, y en París, en el seno de la capital de Francia, hallaban que sin duda se le temia mucho, pero que, á pesar de este temor, la poblacion parisiense, siempre iadomable, juzgaba, criticaba á su soberano, le censuraba á veces con violencia, y distaba mucho de someterse á quien, sin embargo, deseaba que estuviese sumiso el mundo. Aquellos pobres italianos pedian

que se les explicara tal contraste y á la ansiedad general juntaban el mas extraño asombro.

En cuanto á los prelados resueltamente hostiles al gobierno, tan poco numerosos como los que le eran resueltamente adictos, estaban dominados unos por la indignacion sincera de los atentados cometidos contra el papa, otros por las pasiones del antiguo realismo que empezaba á despertarse por efecto de las faltas del poder. Con todo, cualquiera que fuese el motivo de su hostilidad, estaban muy satisfechos del espíritu que manifestaba el concilio, aunque les asustasen las consecuencias que podian seguirse, y se dejaban arrastrar á su inclinacion con inexperiencia completa del mundo y de los hombres, porque la santidad no es siempre la prudencia.

Una ocasion nueva é importante se iba á ofrecer al concilio para revelar las disposiciones de que se sentia animado, y era la de la contestacion que al mensaje imperial debia darse. Habiendo enunciado el gobierno desde su punto de vista los hechos y las cuestiones que se derivaban de ellos, debia á su vez el concilio exponer desde el punto de vista suyo unos y otras. De aqui resultaba la necesidad de un informe: una comision habia de redactarlo naturalmente; y esta comision, formada segun el espíritu del concilio, se componia de los cardenales Spina y Caselli, personajes muy ilustrados aunque aspirasen como todos los italianos, individuos de esta asamblea, á eludir las dificultades mas bien que á resolverlas; de los arzobispos de Burdeos y de Tours, el primero honrado, pero ciego por la pasion, segun hemos dicho, el segundo, Mr. de Barral, vuelto de Savona y ya harto

conocido; de los obispos de Gante y de Troyes, Mrs. de Broglie y de Boulogne, prelados respetables, que del entusiasmo hácia el primer cónsul habian pasado á un odio imprudente contra el emperador; del obispo de Nantes, Mr. Duvoisin, de quien nada hay ya que decir para que se le conozca; y finalmente de los obispos de Comacchio y de Ivrea, italianos, que trataban de pasar por entre los escollos de la situacion sanos y salvos. Reunióse la comision en casa del cardenal Fesch que debia presidirla.

Alli se debatieron todas las cuestiones generales que la situacion engendraba mas bien que la cuestion especial de la institucion canónica. Dificil era ponerse de acuerdo sobre asuntos tales como las proposiciones de Bossuet y mas delante de obispos italianos; sobre la bula de excomunion, generalmente deplorada, aunque no se hablara de ella en el mismo tono; sobre las relaciones de la Santa Sede con el poder temporal en el momento en que un soberano omnipotente queria quitar su existencia de príncipes á los papas; sobre las prerogativas del papado y sobre la facultad que podia tener de desprenderse de ellas en tales ó cuales casos. Hubo si acuerdo en punto á reconocer la necesidad de avenencia entre el emperador y Pio VII; y aun doblándose bajo la mano de ambos, reconociendo los grandes servicios que habia prestado á la Iglesia, todos se inclinaban de corazon (sentimiento que honra al concilio) hácia el que estaba proscripto y preso. El texto del proyecto de contestacion al mensaje, prudente respecto de Napoleon, estaba lleno de efusion hácia Pio VII. Finalmente despues de modificar este texto en diversos

sentidos, siendo el autor Mr. Duvoisin, presentóse al concilio el 26 de junio.

A pesar de que el proyecto, redactado por un hombre juicioso, enmendado despues por muchos personajes de opuestas inclinaciones, hubiera perdido las asperezas que podian ofender las susceptibilidades contrarias, produjo en los prelados conmovidos por su reunion en gran cuerpo, las mismas sensaciones que en el seno de la comision habia producido. A los italianos chocaban las doctrinas de Bossuet demasiado claramente significadas: en general los moderados oian con pena que la bula de excomunion se trajera á la memoria, gran falta del papa, que embarazaba á todos, excepto á los partidarios decididos del gobierno. Estos creian que los derechos del poder temporal debieron ser formulados de una manera mas terminante y la competencia del concilio enunciada mas á las claras. Al revés sus adversarios no querian que sobre esta última cuestion se contrajeran compromisos de antemano y deseaba que no se pasara de generalidades, expresando la buena voluntad de poner término á los males de la Iglesia.

Estas son las vacilaciones comunes de las asambleas deliberantes, á menos que, formadas por una larga práctica, no tengan abrazado su partido y adquirido el talento de gobernarse. No podia ser este el caso de una reunion tan nueva y llamada á tratar de materias tan arduas. Pero alli acontecia un fenómeno, extraño á los ojos de los hombres inexpertos, muy comun á los ojos de los hombres acostumbrados al régimen de los países libres. Apenas estos prelados, tan tímidos en París, se congregaban en concilio, sentianse como trasfor-

mados; les abandonaba el miedo; poníase de manifiesto el sentimiento que dominaba á la mayoría, y este sentimiento era un dolor profundo por la situacion de Pio VII, sentimiento que se podia convertir en indignacion al primer choque. Efecto de las grandes reuniones de hombres es borrarse los sentimientos particulares para dar vuelo al sentimiento general que las anima, sentimiento que alternativamente violento, si es contrariado, y pacíficamente dominador, si no lo es, arrastra á menudo hasta á los que ven que lleva mas lejos de lo que ellos quisieran ir. Por esto en las asambleas deliberantes se necesitan tanto carácter y sangre fria para saber gobernarse á si mismo y á los demas, y por esto las tales asambleas son, segun el uso que de ellas se haga, instrumentos tan útiles ó tan peligrosos.

Ni uno de los prelados presentes á la discusion de este mensaje habia pensado en las emociones que experimentaria ni en las resoluciones que adoptaria en la sesion de que se trata. Intimidados los mas de los miembros del concilio antes de entrar en el salon de las sesiones, sintiéndose enardecidos y envalentonados ya juntos, aprobaban por una parte, censuraban por otra, se interrumpian como los legos, y reclamaban estos tal enmienda, aquellos tal otra, reclamaciones á las cuales Mr. Duvoisin, redactor del dictámen, respondia con mucha paciencia y mesura, á fin de llegar á un resultado. Cinco horas hacia que tanta agitacion duraba, cuando el obispo de Chambery, prelado respetable, hermano de un general al servicio de Napoleon, Mr. Dessoles, se levanta y con los ojos animados por la indole de la proposicion que le bulle en la

mente, dice que los prelados reunidos en concilio no pueden deliberar allí como miembros de la Iglesia, mientras el gefe de la Iglesia universal, el venerable Pio VII, se halla aherrojado; y propone al concilio ir en cuerpo á Saint Cloud á pedir al emperador la libertad de Pio VII, añadiendo que, dado este paso, y alcanzada la libertad del pontífice, se podrian resolver las cuestiones propuestas y probablemente llegar á entenderse. A estas palabras se siente que todos los corazones vibran de ternura, de compasion respetuosa y hasta de remordimiento, pues habia poca dignidad en deliberar tranquilamente bajo las bóvedas de la basilica metropolitana, mientras cautivo el papa no tenia un amigo con quien franquearse, ni un pedazo de papel para transcribir los pensamientos que agitaban su alma. Gran parte de los prelados, hasta los mas moderados, se levantan gritando. ¡Si, si, á Saint Cloud! Todos aquellos ancianos se encuentran arrebatados de entusiasmo. Conociendo los mas reservados el peligro de paso semejante, quieren y no osan oponer á los impulsos de la generosidad las consideraciones de la prudencia: mayor miedo tienen al sentimiento que domina las almas dentro del concilio que al terrible poder que fuera de allí lo avasalla todo. Aturdido el cardenal Fesch, no sabiendo qué hacer, consulta á la mesa, y no halla quien le dé luz alguna entre los dos ministros, cuya presencia irrita al concilio sin dirigirle, y siguiendo el parecer de Mr. Duvoisin, único capaz de dar un consejo provechoso, levanta la sesion y cita para el dia siguiente. Cuerda era la resolucion y se ejecutó al punto, apresurándose los prelados mejor avisados á abandonar sus sillas para arras-

trar á los demas con el ejemplo; y dejando á los mas animados que pidieran no separarse hasta que se hubiese deliberado.

A pesar del silencio de los periódicos, el efecto de esta sesion fué en París muy grande, y vivo el gozo de los enemigos de Napoleon, poco numerosos antes y que ya empezaban por culpa suya á serlo mucho. Se agolpaban los hombres de partido en torno de los padres del concilio, les halagaban, les alentaban á ir todavía mas lejos. Pero estos infelices obispos, ajenos á la política, aunque algunos fueran antiguos partidarios de los Borbones; estaban pasmados al considerar lo mucho á que se habian atrevido, y al salir de Nuestra Señora sintieron renacer el terror que el duque de Rovigo les inspiraba. Este, en efecto, no habia dejado de hacerles saber por prelados de su confianza, que era menester que reflexionasen bien sobre su conducta, pues no era hombre para contemplarlos y permitirles que renovaran las escenas de la revolucion con hábito religioso.

Reunido el Cuerpo legislativo en este momento, por haberse deseado que asistiera al bautizo, y cuya reunion se aprovechaba para hacerle que autorizara el presupuesto, estaba sorprendido, confuso, celoso. Cuerpo sin vida, ocioso, asalariado, no teniendo que resolver ninguna cuestion seria, avergonzabase de su nulidad, y oíase á sus individuos decir donde quiera, que si no se andaba con cuidado, la convocatoria de estos prelados vendria á ser la convocatoria de los Estados generales del imperio y á producir sabe Dios cuáles consecuencias; pero que sin duda el emperador les pondria á raya, y que ellos estaban prontos á votar las leyes

que se necesitasen para terminar aquellas disputas dignas de otro tiempo. No carecia de verdad el aserto de estos tristes legisladores. Con efecto, el concilio se asemejaba á los Estados generales, sobre todo en un punto, el de que la primera reunion de ciudadanos, formada bajo este reinado, hacia estallar de repente, y con una violencia que no se habia previsto y á que no se podia poner freno, los sentimientos que animaban á todos los corazones.

Napoleon, que, con toda su perspicacia, no sospechaba que tal explosion hubiese, estaba sorprendido, irritado, se paseaba con agitacion en su gabinete, proferia amenazas, pero no se desbordaba todavia, conteniéndole Mrs. Duvoisin y de Barral que le prometian un feliz desenlace de la convocacion del concilio, si sabia tener paciencia y mesura.

Al dia siguiente el concilio apareció en calma, segun costumbre de las asambleas que, semejantes en esto á los individuos, tras de un dia de agitacion se muestran apacibles, y alteradas tras de un dia de reposo. Mrs. Duvoisin y de Barral, todos los hombres sensatos que temian violencias y que no desesperaban aun de un desenlace venturoso, se esparcieron por las filas de la santa asamblea, diciendo que luego que se adoptara el proyecto de contestacion al mensaje, y se dieran garantías al poder temporal contra el papal, que tenia tambien sus abusos, como la bula de excomunion lo testificaba; luego que se pusiera de manifiesto la disposicion del concilio á hacer que cesaran las negativas de institucion canónica, sosegado Napoleon seria mas condescendiente y restituiria el papa á los fieles. Gracias á muchas explicaciones de

esta clase, dadas mano á mano, gracias á nuevas enmiendas que quitaron todo carácter al mensaje, fué votado este casi por la totalidad de los miembros del concilio, excepto los italianos, que no pudieron asociar su voto á causa de las proposiciones de 1832, bien que tampoco se pronunciaran en contra, á fin de probar que se abstendian y no se oponian.

Fué, pues, adoptado el proyecto de contestacion despues de las dificultades y las discusiones, cuya relacion acaba de leerse. Hondamente ofendido Napoleon de resultas de las enmiendas que habia sufrido, hizo declarar que no lo recibiria, lo cual intimidó al concilio sin temprarle, pues se puede infundir sobresalto á los corazones poseidos de un sentimiento, pero no se le extingue, y resalta de nuevo á la primera coyuntura.

En estas sesiones los prelados no instituidos fueron definitivamente sacrificados, ó mas bien se sacrificaron ellos mismos, renunciando á la facultad de votar, por desesperar de obtenerla. El principe primado, canceller de la Confederacion del Rhin, gefe de la iglesia alemana, habia sido recibido en el concilio con sumo trabajo, porque aquellos obispos, muy poco al nivel de los hombres y de las cosas de su tiempo, se figuraron, por lo que se les habia referido, que este principe eclesiástico era un filósofo, un iluminado, un incrédulo, y no imaginaban que pudiera ser otra cosa un noble, un sacerdote que se atrevia á blasonar de amigo de Napoleon y de Francia. Sin embargo, oyeron con curiosidad y con algun fruto sus pesares sobre el estado de la iglesia alemana, estado que era prueba patente del abuso de la institucion canóni-